

# El que se humilla será ensalzado

**Domingo XXII T. Ordinario. Ciclo C**

**Eccl 3,17-18.20.28-29; Sal 67, 4-7.10-11; Hb 12,18-19.22-24; Lc 14,1.7-14**

*Habiendo entrado un sábado, a comer en casa de uno de los jefes fariseos, ellos le estaban espiando. Notando Jesús que los convidados escogían los primeros puestos, les propuso esta parábola: Cuando te conviden a una boda, no te sientes en el puesto principal, no sea que haya otro de más categoría que tú; y venga el que te invitó y te diga: "Cédele el puesto a éste", y entonces, avergonzado, tengas que ir a ocupar el último lugar. Por el contrario, cuando te inviten, ponte en el último asiento, y, cuando venga el anfitrión, te dirá "Amigo, sube más arriba". Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque el que se ensalza será humillado y el que se humilla será enaltecido.*

*Y dijo al que lo había invitado: Cuando des una comida o cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y ya quedes pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; así serás dichoso, porque estos no pueden pagarte y recibirás tu recompensa, cuando resuciten los justos.*

**El libro del Eclesiástico** aconseja: "Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso. Hazte pequeño en las grandezas humanas..." (3,17-29).

Esta página del Eclesiástico, exhorta con gran equilibrio sapiencial y con su mensaje sereno inserto en la vida diaria, a practicar dos virtudes humanas que inciden con claridad en la vida religiosa: la humildad y la caridad. Para el Sirácida, la humildad es una virtud humana, gozosa en las relaciones sociales y esencial en el contacto con Dios, a quien nos aproxima y liga "hallando su gracia"; el reconocimiento de su grandeza, junto al de nuestra pequeñez e inferioridad, nos une en amistad y en verdad a Dios; su misericordia se vuelca con el humilde, pues "la bondad del Señor es grande y manifiesta a los humildes sus secretos". "Hazte pequeño en las grandezas humanas y alcanzarás el favor de Dios; porque es grande la misericordia de Dios y revela sus secretos a los humildes" (Si 3,20-21). Esta afirmación del Eclesiástico no nos resulta nueva a quienes meditamos el evangelio. Jesús da gracias al Padre porque oculta las cosas más importantes a los sabios de este mundo y las revela a los sencillos y humildes (Mt 11,25). Y cuando no sólo se trata de humildes sino de humillados, con mayor razón Dios se pone de su parte: es el argumento del Magnificat, canto de agradecimiento de María y definitivo credo de los pobres. Es una constante de la Biblia la afirmación de que El se revela a los humildes.

Es señal de sensatez reconocer las propias limitaciones; el sabio comprende que ha recibido «más de lo que puede entender el espíritu humano»; el hombre, a pesar de sus conocimientos, nunca sabe cuánto le queda por conocer; no es sabio el que sabe cosas o tiene muchos conocimientos, sino el que sabe vivir como conviene, siempre dispuesto a aprender, abierto y acogedor ante cualquiera que se le acerque. Así, es sabio el que hace limosna y ayuda a quien pasa necesidad o vive en la miseria; el que acoge las súplicas de los indigentes y escucha a los pobres, el que se esfuerza por liberar al oprimido y hace justicia con firmeza, no dando a nadie ocasión de maldecirlo. Por eso será «como hijo del Altísimo» (4,11), ya que Dios se comporta siempre así. El

sabio desea ser capaz de discernir con exactitud y verdad la existencia; la humildad no consiste en un falso esconder la cabeza bajo del ala, sino en una justa apreciación de los demás y de sí mismo, así como una apertura hacia Dios.

La humildad es signo de una vida cristiana fuerte (cf. Rm 12,16); mediante la antítesis con el orgullo, muestra el valor de la verdadera humildad. El orgullo es el mal fundamental y se manifiesta por la obstinación del corazón (cf. Ex 7,14;8,28); es incurable cuando se le ha dejado echar raíces y cuando se cierra al remedio; el que desprecia la vida de los demás, despreciará su propia vida y terminará despreciando al mismo Dios (cf. Sal 1,1). Los humildes se saben limitados de verdad, son hombres que sienten la necesidad del Dios Misericordioso.

**El Salmo responsorial** canta: *"Los justos se alegran, gozan en la presencia de Dios, rebosando de alegría. Cantad a Dios, tocad en su honor; su nombre es el Señor"* (67,4-11).

**La carta a los Hebreos** asegura: *"Vosotros os habéis acercado al monte de Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a millares de ángeles en fiesta..."* (12,18-24).

La perícopa explica la gran teofanía de Dios, que se manifiesta, ahora en el monte de Sion, como antes en el monte Sinaí (Ex 19); la vida cristiana encuentra en Sion su revelación absolutamente espiritual y trascendente; su culminación tendrá lugar, no en una montaña, sino en "la Jerusalén celestial", a través de Jesús "el mediador de la nueva alianza". El texto es un jubiloso canto, que impreso en el alma del hombre, hace una alegre profesión de fe en Cristo, que dona la vida eterna e inicia el tiempo nuevo de salvación, perfecto y definitivo.

La experiencia religiosa del Sinaí fue la manifestación de la majestad de Dios, de su trascendencia. La teofanía del Sinaí, con todo su aparato de señales visibles, con toda su solemnidad, infundió el temor a un pueblo que no se atrevió a subir a la montaña sagrada. Dios se mostró entonces como tremendo e inaccesible (Cfr. Ex. 19,12-19; Dt. 4,11-14; 5, 21-30). Muy distinta es la revelación de Dios en la Nueva Alianza, pues los bautizados tienen ahora acceso libre a la morada de Dios, han ascendido al monte Sion y a la ciudad del Dios Vivo; los bautizados se han venido a agrupar en el Bautismo de un solo y único Espíritu y sus nombres están inscritos en el cielo; estas imágenes bíblicas hablan de la nueva y una más íntima comunicación de los hombres con Dios. Por Cristo, en cuyo rostro se adivina el del Padre, al ser la imagen visible del Dios invisible, los creyentes son recibidos en la gran asamblea de los ángeles y los santos e introducidos a la presencia de Dios.

La grandeza infinita de Dios no le impide acercarse con un amor infinito a los hombres; la Nueva Alianza ha sido sellada con la sangre de Cristo, que derramada sobre la tierra en el Calvario, no clama al cielo, para pedir venganza como la sangre de Abel (Gn. 4, 10), sino clemencia y reconciliación. Por eso Jesús es el Mediador y precisamente por Jesús, el Mediador, se han atrevido a franquear esa distancia que separa al humano del Señor de la gloria. Transformados por el bautismo en el Padre, el Hijo y el Espíritu, pueden vivir en íntima unión con la Trinidad. Tal es la situación del cristiano en el nuevo pueblo de Dios.

**El evangelio según San Lucas** propone hoy la humildad. Una virtud de valor imprescindible, para acceder al banquete del Reino que trae Jesucristo (14,7-14).

La verdadera humildad, en su realidad exacta es, como dice Santa Teresa de Jesús, "andar en verdad delante de Dios y de los hombres". La humildad es la verdad. No está en la falsa y ridícula humillación; reside en conocerse realmente y en aceptarse sin rodeos, en ponerse siempre en el sitio debido y cumplir la función personal, siempre, en la rectitud de la justicia y de la caridad, con proyección a la paz. El cristiano "ha de estar para servir y no para ser servido", como el Maestro, que,

adoptando la labor de esclavo, se inclina y lava los pies a sus comensales; Él, siendo el Primero, "me llamáis Maestro, y hacéis bien, porque lo soy", se muestra el último. Jesús, se entrega y se da a los demás, sin esperar nada a cambio, su donación es un regalo gratuito.

Frente al vil mercantilismo y oportunismo que danza en la actualidad, el discípulo de Jesucristo ha de dar sin mirar cómo, cuándo y cuánto da. Y se siente lleno y agradecido de poder hacerlo, de ser útil, cercano y solidario con los pobres y desechados, que "no pueden pagarle". El valor del hombre se calcula, no por las posesiones y cargos, sino por el monto de bienes interiores del alma, por el caudal de amor y por la sabiduría con que vive y obra. Existe una evidente conexión entre humildad y sabiduría. De ahí el valor que tiene la sabiduría y el discernimiento en la vida del creyente: "El corazón del hombre inteligente medita los proverbios, y el sabio anhela tener oídos atentos". El que sabe oír y escuchar, demuestra sencillez y conocimiento de la realidad y de Dios.

Jesús, en esta parábola de hoy de sentido teológico, enseña que es terminantemente ineludible doblegar la soberbia, la vanidad y el fingimiento. Entrar en el Reino requiere sencillez, conciencia del propio ser y sentido de la propia precisión, "el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado". El Reino y el amor de Dios son dones gratuitos del Señor; se ha de renunciar a pretensiones y rechazar toda excusa y subterfugio. No son los propios méritos, sino la dádiva clemente y graciosa de Dios, la que nos levantará de nuestra propia indigencia y nos dirá: "Amigo, sube más arriba". El Reino exige el máximo, el abrirse al amor generoso e ilimitado, en preferencia a los inválidos, a los excluidos y marginados de la tierra que no pueden pagar ni ofrecer nada a cambio. En un banquete, signo del Reino de Dios, Jesús pide la humildad y el amor desinteresado al prójimo desechado y oprimido

Jesús propone una conducta que deseche el quedar bien, el interés económico o social o la espera de recompensa. La vida cristiana y la filiación fundamental de los hijos de Dios se halla en el desinterés, en la generosidad y el amor evangélico: "Vosotros amad a vuestros enemigos, haced el bien y dad sin esperar nada a cambio; así vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo" (Lc 6,34-35).

La humildad y el amor generoso fundamentan el espíritu evangélico del cristiano. La humildad lleva a la intimidad con Dios; el amor desinteresado y universal conduce al prójimo. El orgullo y el apego al lucro y a las riquezas, impiden sentarse en la mesa del Reino y destruyen la libertad del desprendimiento y de la sencillez. Incapacitan para seguir el mensaje de Jesús. Al que vive el Evangelio, le basta el ser un invitado, no el puesto en la mesa; lo colma y realiza el amor que Dios le tiene y no ambiciona prestigio ni poder; invierte en bondad, en honra y caridad, y lo hace con altruismo, a manos llenas, a fondo perdido. Desdeña la altivez, los dividendos y los triunfos, practica los dictados de la buena voluntad y de la indulgencia; su norte está en la humildad, que es la verdad. El egoísmo y la ambición ciegan en la petulancia y ocultan la identidad y la dignidad del otro; llevan al menosprecio de los demás y al maltrato de los inferiores y corrompen la convivencia con la desigualdad y con maléfica injusticia.

Los invitados de Jesucristo se consideran los "últimos", no tienen sinceramente pretensiones ni vanidades, viven la coherencia y humildad. La invitación llega no por merecimientos humanos, sino por gracia. La humildad cristiana no consiste en remilgos y gestos farsantes, sino en reconocernos pobres, débiles y pecadores y, por ello, en acomodar el pensamiento y la voluntad a la Palabra de Cristo con la conversión, la sencillez y la bondad. "Amaos los unos a los otros, como yo os he amado" (Jn 13,34), esta es la norma esencial.